





LA ESCRITURA DE LAS VÍCTIMAS

MARÍA ORFALEY ORTIZ M.
MAURICIO BEDOYA HERNÁNDEZ
VICTORIA EUGENIA DÍAZ FACIO LINCE

Grupo de investigación Psicología, sociedad y subjetividades,
Departamento de Psicología de la Universidad de Antioquia

Foto de Esteban Lopera Casas
De las cuevas de Altamira al hipertexto
Marta Lucía Villafañe, 1998

¿Para qué sirve el testimonio de las víctimas de la violencia? ¿Para qué sirve que quienes han sido víctimas escriban?

Cuando los noticieros o los periódicos hablan de las víctimas, generalmente muestran números, seres anónimos, sin rostro. Pero detrás de las cifras se esconden vidas rotas; vidas de niños, jóvenes, mujeres y hombres a quienes, de un momento a otro, se les transformó la existencia, tal como lo muestra el relato de Mary Luz López en *Alzo mi voz*:

Siempre quise estudiar, tener una vida normal, una donde los padres llevan a sus hijos a la escuela tomados de la mano en sus primeros años, y luego van solos, formándose como seres autónomos. Pero mi vida no fue así. A mí me sacaron muy joven de mi casa. En el campo, ya no tuve opción de estudiar ni de jugar. Cuando empezaba el año, veía a las niñas y pensaba qué bello y colorido es su uniforme, mientras yo debía llevar puesto un camuflado verde.

En su brevedad este texto muestra anhelos, deseos y la irrupción de lo inesperado en la intimidad de una vida. Así, los testimonios y escritos de quienes han sido víctimas permiten dimensionar los efectos de la violencia sobre el cuerpo y el alma. Además, nos invitan a reflexionar sobre la necesidad de construir otros posibles modos de vivir.

No se trata de que las víctimas hablen por hablar o cuenten porque tengan una gran necesidad de relatar lo que les sucedió, lo que sintieron y sienten. Para que el testimonio tenga algún sentido, como lo plantea Elizabeth Jelin en *Los trabajos de la memoria*, se requiere de la presencia de un otro que pueda y sepa escuchar. Pero, con los horrores que suele traer la violencia, es difícil encontrar esta cualidad. Se teme a los relatos de las víctimas. Para escucharlas de verdad, se requiere un saber o una disposición, una escucha activa. No se trata de prestar un oído pasivo, se trata de que se pueda establecer un diálogo. Es en esa relación dialógica frente al testimonio que víctima, testigo que escucha, y sociedad construyen algo nuevo. Por ello, es importante pensar en espacios y posibilidades de formación para la escucha. Así mismo, es necesario reconocer el papel que cumple la escritura de los testimonios desde la propia voz de las víctimas y las estrategias narrativas que logran desarrollar para comunicar. Con lo anterior estamos enunciando una dimensión social del testimonio y su escritura. Pero no puede soslayarse otro aspecto fundamental, a saber, que el proceso que se hace para nombrar, escribir y comunicar contiene una potencia transformadora para las víctimas.

Estos procesos nos han mostrado que, cuando existe una atmósfera acogedora y una invitación a la palabra en la que se reconoce la dignidad, se vivencia una oportunidad reparadora. Quienes han sufrido experiencias de violencia encuentran que hay alguien interesado en escuchar sus relatos, ello los motiva e invita a la verbalización.

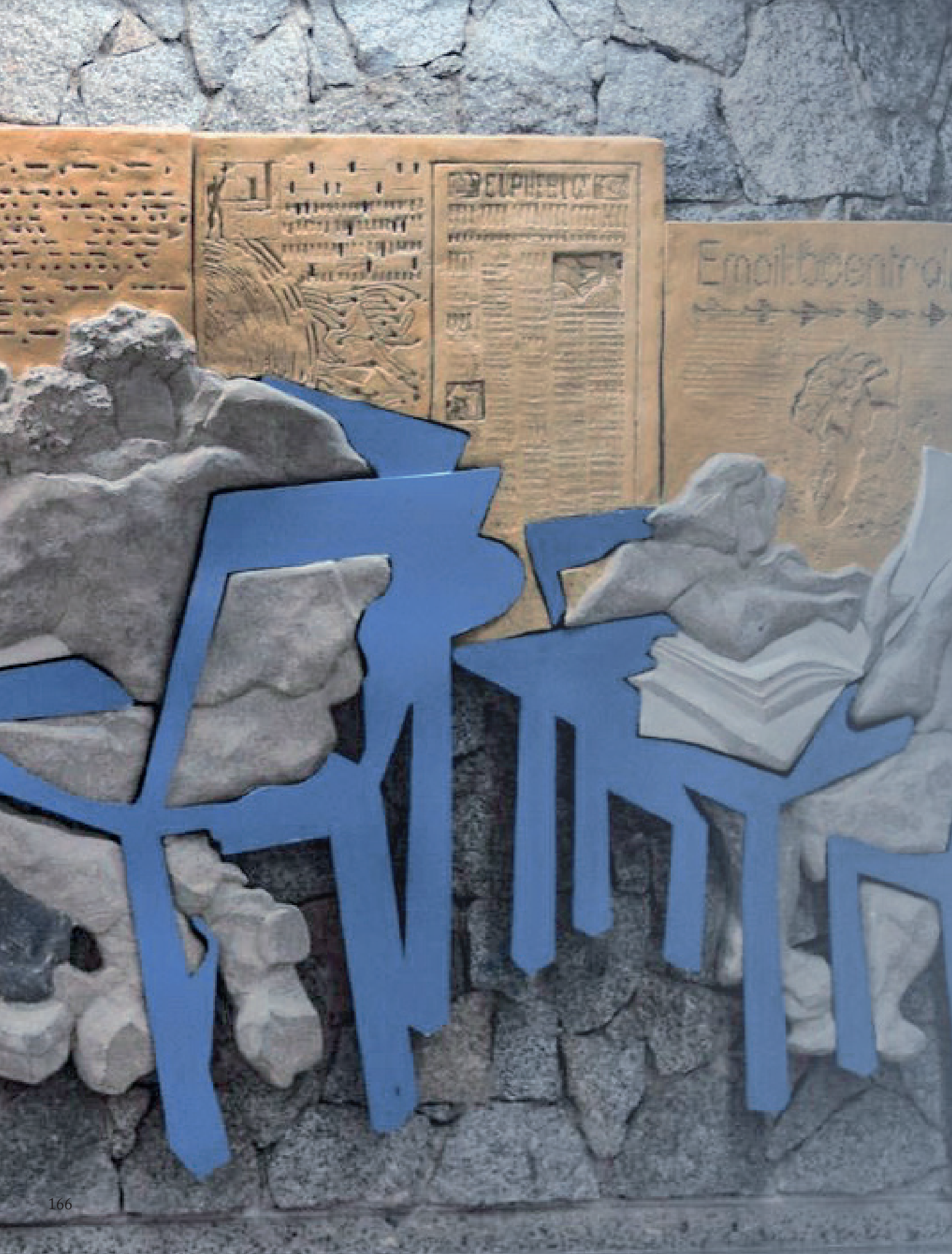
Pero ¿qué sucede cuando quienes han vivido experiencias violentas son invitados a escribir y no tienen de antemano una relación con la escritura y, además, escasamente han desarrollado estudios básicos y, en ocasiones, incompletos?


El acercamiento a estos procesos da la posibilidad de compartir la sorpresa que deja lo que allí sucede. Nos encontramos, primero, frente a la incertidumbre de los participantes. “Yo quiero escribir varias cosas, de cuando estaba en el campo, de cuando era niña, pero no sé si pueda porque nunca escribo”. “Yo quiero escribir mi historia y lo que me pasó, pero escribo muy despacio y no sé ortografía”. “Yo tengo varios cuadernos donde escribí lo que viví con mi hijo para que nunca se borrara de mi mente”. “Yo quiero escribir, pero si me ayudan”. Estas expresiones, comunes en las sesiones iniciales, generalmente dan cuenta del temor que causa la invitación a la escritura.

Sin embargo, en cuanto se inicia con la dinámica de los encuentros, las lecturas provocadoras, la lluvia de ideas, es decir, con la invitación a la palabra en un ambiente seguro y acogedor, se abre la caja de pandora. Invaden el ambiente escenas muy perturbadoras, dolores no tan agradables de escuchar. También hay desesperación, llanto, sollozos de impotencia. Con la escritura, algunos participantes, como María, del colectivo Contar, leer y escribir con vos, interpelan a ese que han visto como compañero: “¡Oh, dolor! ¿Por qué te pegas a mí? [...] Hoy te quiero pedir que te alejes de mí, déjame en paz, deja tu mala costumbre de estar en todo momento y a toda hora a mi alrededor”. Con la escritura los males son nombrados. Y, luego, aparece la calma. Y surge del fondo, como en la caja de pandora, la esperanza que da el desahogo; pero, sobre todo, el haber estado acompañados para mirar de frente esos demonios.

En esta primera fase hay una escritura catártica; es decir, un afán de expresar, de liberarse de una carga pesada que genera gran malestar emocional. En estos primeros momentos se observa gran temor a poner algo en el papel, hay temor porque la escritura es vista como algo que no le pertenece a la mayoría de las víctimas, muchos de origen campesino. El registro escrito no es algo que usen frecuentemente. Sin embargo, la posibilidad de poner en palabras, por escrito y compartirlo con el grupo, tiene ya efectos liberadores, aunque todavía no pueda hablarse de una elaboración más profunda.

La continuidad en los espacios de escritura y la presencia de una escucha activa animan la expresión a la búsqueda de palabras, permiten que circulen la incertidumbre, las evocaciones, los momentos de dolor en el grupo y todo ello posibilita la descarga del malestar. El ejercicio de escritura sostenido en el tiempo permite la búsqueda de sentidos que se van construyendo a nivel individual y colectivo, permite que los participantes trabajen, cada uno con aquellas imágenes y contenidos que detienen su vida, que obstaculizan sus procesos existenciales. En la mayoría de los casos se da el encuentro con una





dimensión más creativa de la vida, en tanto en la memoria también algo se transforma cuando se vuelve al pasado. En los escritos empiezan a circular otras imágenes: junto al dolor emergen también los sueños y los anhelos por construir una vida diferente.

El observador o testigo de este proceso puede ver cómo aparece una sensibilidad nueva con las palabras, con el lenguaje y sus posibilidades. Los participantes sienten asombro frente a aquello que se desliza por el lápiz o el bolígrafo sobre sus hojas blancas. Surge la metáfora, se alegran de ella. Se sirven del sol, del viento, de la luz para nombrar lo cálido. La tormenta, los rayos, la furia del río, la noche, les sirven para referirse al horror, al miedo, a lo oscuro. Se piensa en la alteridad, una posible escucha, un posible lector y con ello viene una pregunta, ¿cómo comunicar a otros el dolor, la experiencia, un aprendizaje, un mensaje? Hay una transformación. Quienes han hablado, escrito y reflexionado con otros sobre lo que han vivido, no se ven como víctimas pasivas; advierten que tienen algo que compartir con la sociedad en la que viven, que tal vez no se trate solo del horror y el dolor vivido. Sienten que tienen un aprendizaje, que pueden aportar a la comprensión y a las salidas posibles para sus entornos. En este sentido, podríamos decir que la escritura les permite a las víctimas de la violencia sacar el dolor, liberarse de cargas muy pesadas. Les da la posibilidad de recorrer un camino que transforma la mirada sobre sí mismas. De sujetos a los que les pasaron cosas terribles, pueden pasar a verse como sujetos que tienen una experiencia de la que han aprendido y ahora tienen un mensaje importante para comunicar.

Lamentablemente, en Colombia no podemos hablar de la violencia en pasado. Por tanto, aunque la escritura, y seguramente muchas otras prácticas, tenga un efecto reparador para las víctimas, constantemente enfrentan nuevas situaciones de vulneración, donde la dignidad de su vida es socavada. Quienes han acogido la escritura en sus vidas, encuentran en ella un modo de enfrentar la adversidad y de hacerle resistencia. ■